

ha perdido la cabeza. No es ocasión de deliberar, sino de cumplir vuestras órdenes: no olvidéis, sin embargo, que vendrá desvanecida por el vértigo de la carrera, si bien vuestra presencia la reanimará mejor que el tónico más enérgico, y que durante los diez minutos que van á transcurrir los acontecimientos seguirán el curso de vuestras ideas.

—¡Parte! ¡Yo te lo ordeno!—exclamó Juan.

Y el dragón rojo, saltando al río, desapareció en un momento.

## XIII

Apenas perdió de vista á su fantástico compañero, Juan quiso contar los segundos, como habían convenido?—se decía.—¡Debía haber desconfiado de sus ofertas, que cuanto más se esforzaba en no pensar en nada, más ideas acudían á su mente. Cada minuto parecía un siglo; confusas quimeras agitaron su imaginación; y como un hombre presa de un vértigo cayó en el abismo que quería evitar.

—¿Será un lazo que me tiende ese demonio encarnado?—se decía.—¡Debía haber desconfiado de sus ofertas! La compañía de una mujer en este campamento me perjudicará mucho; se sabrá que la he robado, Felipe V. que es el más fiel de los esposos, detesta á los seductores y á los embusteros culpables. Me avergonzarán, y no puedo casarme con ella. ¿Qué haré con esa mujer? Es una mala pasada que me juega el Diablo; pero tal vez no consiga nada, porque Flora

no se decidirá á partir. ¡Qué fatal precipitación! ¿Por qué no lo habré pensado bien? ¡Los celos me han vuelto loco! Flora me ama, y vendrá. ¿Y si ocurre un accidente desgraciado porque estoy pensando lo que no quiero? ¡Desgraciado de mí! ¿En qué voy á pensar? ¡Desechemos esa idea horrible! Un accidente deplorable... ¡Ah; no sé lo que quiero!... ¡Hydora, librame!...

Juan, tendido sobre el césped, ocultó el rostro entre las manos; el dragón rojo estaba delante de él.

—Caballero—dijo,—no ha sido culpa mía: ya os lo advertí.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó Juan.

—Al principio creí que no conseguiría nada; Flora no se decidía á partir...; pero os ama mucho aún, y... partió. Ha ocurrido un accidente deplorable. Observad que á veces vos mismo no sabéis lo que queréis. Hydora os ha librado de una querida que podía molestaros aquí.

—¿Qué dices?—exclamó Juan.—¡Clávame el puñal de una vez, y no me hagas sufrir inútilmente!

—Pues oid en dos palabras: en el momento preciso en que vuestra mente empezaba á vacilar, Flora y yo salíamos por la galería subterránea. La joven tenía miedo, y salía despacio, apoyada en mi brazo. Vuestros vacilaciones lo estropearon todo. ¿Qué hacer con ella? ¿Volverla á su casa? ¿Cómo deshacer lo hecho? Era un caos incomprensible. Un súbito desplome ha puesto fin á todo; cedieron los puntales del subterráneo y vuestra amada yace muerta allí, con veinte pies de tierra sobre su cuerpo. Jamás los hombres podrán hallar su cadáver. Estáis servido como deseasteis. Felipe V, que es el más fiel de los maridos, detesta á los seductores y á los embusteros culpables. ¡Dormid en paz!

—¡Traidor! ¡Miserable asesino!—repuso Juan.—¡Tú sufrirás las consecuencias de mi desgracia!

Y hablando así, sacó la espada, y se arrojó sobre el dragón rojo; pero la espada se halló con el vacío: el infernal personaje se había echado al río de cabeza.

Una hora antes de asomar la aurora, una ronda militar halló un hombre echado en el límite de las trincheras.

—¡Levantaos, camarada—dijo el oficial,—é idos á dormir á la tienda!

—Debe de ser algún rezagado que quiere huir—añadió uno de los soldados.

—¿Cómo?—agregó el oficial, reconociendo á Juan de Cerdeña.—¿Sois vos, caballero? ¿Aquí, en esta húmeda hierba, cuando tenéis un buen lecho entre el estado mayor del rey de España? ¿Soñáis acaso?

—¿Es posible que aún esté vivo?—exclamó Juan lanzando un suspiro.

—¡Pardiez!—repuso el oficial.—¡Creo que la emoción causada por la batalla os ha nublado algo el cerebro! Sois joven, ya veréis mucho más: no es posible creer, dada vuestra heroica conducta de ayer, que ahora tengáis miedo á la muerte.

—¿La muerte?—exclamó Juan.—¡La deseo con ardor; la pido con afán!

—La tenéis en la mano: diez mil franceses la han encontrado muy cerca de aquí; mil ó más pueden hallarla dentro de una hora. Oíd el toque del tambor: toca á diana. La muerte os invita. Iremos juntos á rendirle nuestro tributo.

—¡Corro ya—dijo el caballero;—y la buscaré tan bién, que no se me escapará!

—¡Demonio de muchacho!—murmuró el oficial siguiendo la ronda.

Poco antes de salir el Sol, se oyó fuego de mortertería en el ala derecha del ejército francés. El príncipe Eugenio intentaba el último esfuerzo para recobrar la llanura de Luzara. La infantería imperial luchaba con desventaja, pasando intrépidamente bajo una nube de balas. La brigada española, al mando del señor de Louville, hizo un rodeo para atacar á la infantería por el flanco. Juan iba como voluntario. Se empeñó un rudo combate, en el cual hubo muchísimas bajas. Una aclamación general anunció la retirada de los imperiales; la caballería se lanzó en su persecución, y Juan, confundido entre los dragones de Louville, descendió á galope por la llanura. Pronto vió á cincuenta pasos de distancia los verdes uniformes del regimiento de Baden; los imperiales, estrechados así, cambiaron de posición armando sus mosquetes.

—¡He aquí la ocasión de morir como un valiente!—pensó Juan.—Después de la desdichada muerte cuya causa he sido yo, la vida me es insoportable. Ya que Flora no existe, no me importa ir al Infierno. ¡No quiero sobrevivirla! Hallaré la muerte entre el ejército imperial, porque penetraré en sus batallones de tal modo, que tendrán que matarme forzosamente.

Al acabar de pensar así, una nube de humo pasó ante sus ojos, y sintió una violenta sacudida. Una bala le había atravesado el pecho, y, perdiendo los estribos, cayó del caballo envuelto en un río de sangre.

La noche del 15 de Agosto se formaron precipitadamente ambulancias en la mayor parte de las casas de Luzara, y tres mil heridos recibieron en ellas los primeros socorros. Un cirujano francés se detuvo delante del joven tendido sobre un jergón de paja, sondeó la herida abierta en su pecho, y moviendo la cabeza, dijo con aire expresivo:

—A éste no le quedan dos horas de vida: atándanos á otro.

Juan fué clasificado entre los heridos de muerte. Sin embargo, á media noche vió sentado cerca de sí un personaje misterioso que le miraba con insistencia. El noble rostro de aquel personaje, su luengo ropaje negro cayendo sobre sus desnudos pies y la expresión desdeñosa y altiva de su fisonomía, despertaron vagamente en la imaginación de Juan el recuerdo de la tchifesión del comendador; pero, como estaba devorado por la sed que le producía su estado, pidió agua al desconocido, sin acabar de razonar á quién se dirigía.

—¿No quieres morir, pues?—dijo el misterioso personaje.

—¡No lo sé!—repuso Juan.—¡Dadme agua por Dios!

—Es natural que desees vivir—dijo el desconocido;—y para ti es una ventaja el haber triunfado de la desesperación, porque serías mío para siempre. Vale más haber causado la muerte de una amada enojosa.

—¿Venís para emponzoñar mi última hora?—dijo Juan.—Esta herida y esta sangre, ¿no dan fe de que mis remordimientos igualan al horror de mi falta?

—No he venido para escucharte; pero sé que aún no ha sonado tu última hora. Vivirás, y ambos podremos felicitarnos; pero hay que cambiar de ideas y de modo de vivir. Hasta aquí has obrado como niño, y es preciso obrar como hombre de aquí en adelante. Vas á comprender al fin el enigma de tu destino, del cual nada has sabido hasta ahora. Cuando con tu novelesco desprendimiento me robaste el alma del heroico general Quiquerán, alma que yo consideraba inapreciable, te confieso que sentí profundo despecho. El rescate no igualaba en manera alguna á la prenda que perdía, y he querido saber por experiencia si eras ca-

paz de rendirme servicios que me indemnizaran de aquella pérdida. Con ese objeto aproveché tu juventud y tu inocencia. Nuestro contrato me obligaba á ayudarte en momentos de peligro, de cualquiera clase que fuesen, y lo he hecho de tal modo, que tu inocencia ha considerado mi auxilio como un favor voluntario, y no como una obligación. Lo que yo no podía rehusarte tú lo has considerado como una gracia: eres, pues, un súbdito precioso. Detrás de mí y de mis obras hay una voluntad que los ciegos llaman fatalidad ó Destino, que viene de una fuente impenetrable aun para mí mismo, y cuyo secreto sólo lo tiene el que yo no quiero nombrar. Ese poder parece protegerte, como protegía al virtuoso Quiquerán. La penetrante mirada de Hydora lo observó en tu semblante; por eso, en vez de divertirme tendiéndote lazos y riéndome de tu ignorancia, te ofrezco mis buenos servicios en justa reciprocidad. De aquí en adelante usa de tus privilegios en abundancia, hasta hacerme obedecer, como te dijo Aymar: sé mi segundo, y yo seré tu servidor. Sé que no me ofrecerás por tu rescate un alma vil; podrás ofrecerme diez si lo tienes por conveniente, y yo, en cambio, te daré ventajas que jamás ha tenido ningún mortal, y dichas que nadie ha gozado aún.

—Me confundís—repuso Juan:—la varilla adivinadora, el caballo mágico, las visiones en el agua de la garrafa, el viaje en el bergantín...

—Son servicios que no podía rehusarte.

—¿Y los sepultureros rojos, el postillón del carruaje, el supuesto dragón de España, el buhonero del espejo mágico?

—Desde ahora podrás disponer de ellos á tu antojo.

—¿Y el encuentro fortuito que me ha proporcionado un padre y el nombre de mis antepasados?

—Eso es otra cosa—dijo el Demonio sonriendo.—El señor de Cerdeña no es tu padre: no eres hidalgo; tus títulos, nombre y cualidades son usurpados. Las palabras del mariscal Marchín despertaron en tí la ambición: querías una familia por encima de todo; yo tenía aquélla á mano, y te la regalé.

—Entonces, este tatuaje que tengo en el brazo...

—Lo imprimí yo mismo cuando pedías á grandes gritos un padre.

—¿De modo que todo fué pura fábula?

—Puse en acción una de esas novelas donde hay siempre un hijo robado por gitanos, y tú lo tomaste en serio.

—¡Habéis jugado con los sentimientos más respetables!

—Hay que hacer lo que se pueda; y, por otra parte, no soy yo el llamado á arreglar asuntos de familia.

—Yo sentía sincera amistad por la señorita Luisa de Cerdeña.

—Nada te impide amarla como á una hermana.

—¿Podré amarla así, ahora que me habéis robado las ilusiones?

—Es preciso que sepas la verdad á fin de que seas uno de mis mejores instrumentos. Cuenta para ello con las decepciones que has sufrido y con la enérgica experiencia que vas adquiriendo viendo la muerte de cerca. Una gran sacudida te transformará. ¡Ya ves que te hablo con franqueza! Aprovéchate de mis consejos.

—¿Y la catástrofe del subterráneo? ¿Ha sido real?—preguntó Juan.

—Sí—repuso el Demonio;—sin ella, ¿dónde estaría la lección? Flora está muerta, y tú solo eres culpable de ello.

—¡Ah; por qué no la salvasteis!—murmuró Juan sollozando.

—Porque era necesario que muriera para tu instrucción, á fin de que se desarrollara tu carácter.

—Os equivocáis si creéis devolverme así el gusto por la vida.

—Basta con que exista algo.

—Pero, en esas condiciones, voy á ser el hombre más desgraciado del mundo.

—¡Tanto mejor para mis intereses!

—¡Adiós mis esperanzas, mi nombre, mis afectos, mi derecho á usar espada!

—¡Niño incorregible!—dijo el Demonio.—Serás caballero de Cerdeña hasta que quieras: si quieres, te haré marqués, duque, príncipe; lo que desees.

—¿De qué sirven esas promesas, si mi herida es mortal?

—¡Otra frase de niño! ¿Quieres vivir? Voy á curarte sin necesidad de instrumentos de cirugía.

—¡Quiero vivir! ¡Cúrame ahora mismo!

El Demonio examinó la herida, y metió un dedo en la llaga.

—La bala pasó muy cerca del corazón—dijo:—se ve que has deseado la muerte como puede desearla un hombre. Esta curación es asunto sencillo para mí; basta detener la hemorragia por la presión, dejando una pequeña abertura para que los médicos puedan envanecerse de haberte salvado. Bebe unas gotas de este cordial, para que desaparezca la fiebre, y mañana te harás el enfermo. El cirujano de la brigada Marchín es un ignorante, y yo voy á cubrirle de gloria. Podrías levantarte y cuidar de tus negocios dentro de un momento; pero debes permanecer aquí entre los heridos, á fin de cubrir las apariencias: entretanto,

piensa en mis consejos. Reflexioná, y comprenderás.

—He comprendido—repuso Juan.—Pretendéis hacer de mí un agente del Infierno, y yo no soy llamado á desempeñar ese oficio.

—Más de lo que tú crees.

—Decíais hace un momento que mi poder no había salvado los límites hasta donde podía llegar, y que no podíais negarme vuestros servicios.

—Esa es la verdad.

—Pues ¿qué necesidad tengo de entenderme con vos, de cuidarme de vuestros intereses y seguir vuestros consejos? Desde ahora os obligaré á obedecerme. Emplearé todo el poder de que dispongo para encontrar una presa que entregaros; pero, una vez fuera de vuestro poder, saldré para siempre de vuestras manos para no volver jamás á ellas.

—¿Lo crees así? Prueba á hacerlo.

—No lo dudéis; trataré de que sea así.

—¿Crees que teniendo veinte años y habiendo probado un poder infinito podrás resolvete á vivir como un simple mortal, sin otro privilegio que las fuerzas de tus cuatro miembros y la mezquina existencia que el azar y la Naturaleza te tengan reservado?

—Vos lo habéis dicho: lo creo así.

—Piénsalo; es una declaración de guerra entre nosotros.

—No me importa; soy valiente.

—Muy bien, amigo mío: no te sorprendas, pues, si te aplasto como si fueras un insecto.

—Antes de aplastarme—repuso Juan con tono altivo é imperioso,—es preciso que empieces obedeciéndome. Te doy las gracias por lo que me has dicho: he abierto los ojos. Ya no soy el niño inocente, el pobre necio que no sabía regular su voluntad, y cuyos deseos

eran trampas donde caía á cada instante. Has tenido cuidado de explicármelo, y veo que lo que yo consideraba como favores inesperados, eran privilegios comprados con el precio de mi alma. Tú te dignas avisarme lo que me conviene hacer: mis sentimientos, mis gustos, mis instintos, serán mi norma, no tus excelentes consejos; y para probarte que comprendo mi situación, voy á darte mis órdenes. Me has propuesto hacerme príncipe: pues bien; quiero serlo.

—Lo seréis, monseñor—repuso el Demonio con un irónico saludo.

—Quiero también que el rey de España me emplee en algún asunto de Estado.

—Su católica majestad sabrá lo que debe á vuestro valor y á vuestros méritos. ¿Es eso todo lo que deseáis?

—¡Ya lo veremos después!

—Para representar al gran monarca Felipe V, vuestra excelencia tendrá necesidad de una suma de dinero, á fin de poder gastarlo sin restricción.

—No pienso en nada; necesito, en efecto, cien mil piastras: tú me buscarás esa suma.

—¡Pardiez, monseñor! ¡Un millón de piastras!

—¡Basta por hoy!

—¡Qué poca ambición tiene un hombre! Yo os habría aconsejado mejor que eso.

—Mis deseos no van tan lejos.

—Serán satisfechos. Señor príncipe de Cerdeña, recibid mi humilde felicitación. Dentro de poco seréis el más miserable de los seres humanos, el más digno de lástima, el cobarde más menospreciado de toda la Creación.

—Puede ser; pero, entretanto, te mando que me libres de tu presencia. ¡Obedece, esclavo!

—Adiós monseñor. El que ría el último, reirá mejor.